

HISTORIA Y MEMORIA, CONCEPTOS DIVERGENTES: LOS DESAFÍOS DE CONSTRUIR UNA HISTORIA EN COMÚN ENTRE CHILE Y PERÚ

History and memory, divergent concepts: the challenges of building a common history between Chile and Peru

Sebastián Rueda Matus¹
sebaruedamatus@gmail.com

Recibido: 4 de septiembre de 2012
Aprobado: 12 de diciembre de 2012

Resumen: En este artículo se presentan los conceptos de Historia y Memoria como entidades complejas y divergentes que permiten comprender las implicancias y dificultades existentes en la construcción de una Historia en Común entre Chile y Perú. La presentación de los conceptos se realiza a través de una revisión teórica en torno a su carácter divergente. En su conjunto estos conceptos permiten entender la complejidad que supone la construcción de una Historia en Común, pero también sugiere que un esfuerzo consistente en el tiempo respecto a este tema es un gesto importante de integración y mejoramiento de las relaciones bilaterales entre Chile y Perú.

Palabras clave: relación chileno-peruana, historia, memoria, historia en común.

Abstract: This article introduces the concepts of History and Memory as complex and divergent entities that enable us to understand the implications and difficulties of building a common history between Chile and Peru. The presentation of the concepts is done through a theoretical review of their divergent character. Together they enable us to understand the complexity of building a Common History, but they also suggest that a consistent effort over time on this issue would be important move towards the integration and improvement of bilateral relations between Chile and Peru.

Keywords: Chile-Peru relations, history, memory, common history.

¹ Estudiante del Magíster en Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Licenciado en Psicología, Universidad de Chile. Diplomado en Filosofía Política, Universidad de Chile. Postítulos en Psicología Social Crítica y Procesos Políticos; Estudios Internacionales; y Relaciones Chileno-Peruanas, Puntos de Encuentro. Ayudante de Investigación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

I. INTRODUCCIÓN

En septiembre de 2005 se reunieron en la ciudad de Tacna profesores de las localidades de Tacna y Arica, con la finalidad de llevar a cabo el Segundo Encuentro Binacional sobre la enseñanza de la historia como estrategia para la integración y cultura de paz. El evento, presidido por autoridades regionales y de los Ministerios de Educación de ambos países, se vio empañado por el incremento de las protestas de un grupo de personas de Tacna, previamente organizadas, que veían en este tipo de actividades un ataque contra la historia nacional del Perú.

Estas personas consideraban que se estaría "cambiando la historia" y que los peruanos participantes no estarían honrando la suya propia. Estas protestas tuvieron gran cobertura en los medios de comunicación de Tacna, abriéndose una discusión en torno al tema, dejando al descubierto prejuicios y reticencias en torno a estos encuentros binacionales, y al mismo tiempo, dejando ver la facilidad con que se puede crear un ambiente desfavorable ante una instancia de encuentro y de integración.

La prensa, por su parte, se encargaba de reiterar y difundir la postura de los manifestantes, dejando en segundo plano la instancia de generación de acuerdos que estaba sucediendo en ese momento. En vez de dar énfasis en la importancia de crear una historia en común, la prensa estuvo propensa a recoger la sensación de temor existente entre los manifestantes, que trataban de un supuesto intento de "hacer desaparecer" la Guerra del Pacífico y los acontecimientos previos al tratado de 1929 de los textos escolares. Sin embargo, nunca se señaló que quienes pensaban de esa manera no conocían muy bien de qué se trataba el encuentro ni las ideas que se exponían. Se podría decir que las motivaciones de aquel grupo para reunirse y protestar tenían su base en una retórica que dista de una profunda crítica de lo que estaba aconteciendo.

Este suceso, mencionado en el Documento 6 del libro "Historia Común, Memoria Fragmentada. La Enseñanza de la Historia en América Latina" (2007), así como otros de similares características, suelen darse esporádicamente cuando se realizan instancias de acercamiento entre ambos países. En la actualidad, las relaciones entre Chile y Perú han tenido importantes avances, especialmente en cuanto a los aspectos económicos y comerciales. Sin embargo, no se debe olvidar que históricamente la relación ha sido de carácter zigzagueante, con momentos de gran cooperación alternados con conflictos, disputas territoriales y la gran marca que ha constituido la Guerra del Pacífico, seguida de una tregua de casi medio siglo que mantuvo una fuerte tensión en la relación bilateral (Milet, 2005).

Esto concuerda con las ideas expuestas por Paz Milet en el artículo "Chile-Perú: las raíces de una difícil relación" (2005), en el que sostiene que hechos del pasado siguen teniendo influencia en las acciones de hoy, habiéndose cimentado una situación de desconfianza histórica y de diferencias culturales importantes, marcadas por una serie de percepciones cruzadas de la sucesión de acontecimientos, principalmente la distinción entre un país ganador, estable e invasor (Chile) y un país vencido, empobrecido e invadido (Perú).

Aunque la relación bilateral mejore en términos económicos, y la actual época de globalización sugiere que mejorando la cantidad y calidad de flujos comerciales, de personas y de instancias de intercambio cultural se podrá avanzar hacia la mutua prosperidad, aún quedarán resabios de un pasado conflictivo y especialmente duro para el Perú, cuyas heridas de guerra siguen estando presentes en el imaginario colectivo de la sociedad peruana. Esto se vuelve más notorio en algunos sectores que mantienen en la memoria una serie de relatos que

incitan a un orgullo nacional roto que debe ser restituido; relatos vívidos que conforman una retórica capaz de motivar a personas que comparten ideas similares (Milet, 2004).

Mientras tanto, por el lado chileno algunos sectores de la sociedad presentan una serie de creencias construidas colectivamente a lo largo del tiempo que establecen una supuesta superioridad ante Perú, expresada en la vida cotidiana mediante distintas formas de discriminación y, en ocasiones aisladas y esporádicas, situaciones de violencia que al ser expuestas a la luz pública pueden presentar dificultades para la relación bilateral (Milet, 2005).

Aunque la evidencia sobre el tema indica que el mejor camino para el desarrollo de ambos países es la integración en múltiples niveles, resulta difícil llevar de manera estable una buena relación de vecindad si aquellas creencias, construidas en base a formas arbitrarias de recordar el pasado, permanecen en un nivel de divergencia que hace tensionar las bases de la relación bilateral cada vez que ocurren incidentes que, si bien pueden ser menores desde otra perspectiva, dentro de la relación chileno-peruana adquieren un alto nivel de visibilidad y significancia para la opinión pública.

A pesar que probablemente seguirán aconteciendo hechos que recuerden las dificultades del pasado y tensionen en mayor o menor modo la relación bilateral, ambos Estados pueden realizar acciones efectivas en favor de la integración sin descuidar el pasado ni mucho menos olvidarlo; medidas que sean capaces de desarrollar un ambiente de mutua confianza para dar un “salto cualitativo” que permita superar las dificultades surgidas de una difícil relación en el pasado. Una de esas medidas, que se ha venido gestando recientemente, es la construcción de una “Historia en común”. El currículo educativo de ambos países mostraba distintas versiones de la Guerra del Pacífico, que para algunos autores es el suceso que marca un quiebre en la relación bilateral. La enseñanza de la historia tan fragmentada en sus versiones marcaba sendas diferencias en la forma de ver de los ciudadanos peruanos y chilenos que, teniendo esa base de conocimientos exigidos por el currículo educativo, no podían fomentar un clima de mutuo entendimiento y de confianza.

Es por eso que ante estas visiones fragmentadas, grupos de historiadores chilenos y peruanos se han reunido para avanzar en torno a construir consensos, y conocer y comprender la evolución histórica con amplitudes temáticas y consideraciones más fundamentadas respecto a las situaciones coyunturales que explican esos quiebres. Ejemplos de estos esfuerzos pueden verse en los libros “Chile-Perú. Perú-Chile. 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales” (2005), “Chile-Perú, la historia y la escuela. Conflictos Nacionales, Percepciones Sociales” (2006), el Documento 2 “Aspectos Históricos” de “Generación de Diálogo Chile – Perú. Perú – Chile” (2012), constituyendo aportes para una comprensión plural y más amplia de la historia, un importante paso para la integración y la buena vecindad.

Sin embargo, de la Memoria no puede decirse lo mismo. Y es que a pesar de la existencia de instancias que plantean una Historia en Común, a través de sucesos como el mencionado al inicio de este artículo se puede entrever la existencia de una Memoria sobre los hechos que empeoraron la relación bilateral que persiste y se retroalimenta en su carácter colectivo, lo que representa un potencial peligro que amenaza el bienestar y el fluir de los intentos de integración que se han venido gestando en el último tiempo.

Historia y Memoria, ambos conceptos con cierta posibilidad de entrelazamiento y sinonimia, presentan sendas diferencias que pueden darnos luces acerca de la compleja situación de la relación entre Chile y Perú, del denominado “carácter zigzagante” de la relación, de sus tensiones y puntos de encuentro. A continuación se expondrán algunas de las características que distinguen a los conceptos de Historia y Memoria de acuerdo a una serie de autores, para

dar paso a una reflexión sobre a las implicancias de la construcción de una historia en común con la existencia de memorias muchas veces divergentes que perduran en vastos sectores de la sociedad chilena y peruana.

II. LAS PARTICULARIDADES DE LA MEMORIA COLECTIVA

En un esfuerzo por comprender los acontecimientos del presente, es práctica común recurrir al pasado. El conocimiento del pasado satisface la necesidad de comprender, de dar sentido a los acontecimientos. No por nada Todorov (1999) ha afirmado que “el hombre es memoria”, en el sentido de que el presente se configura desde el pasado y que el proceso de hacer a este último inteligible es también una forma de conocerse mejor. A través de esto último se puede decir que tanto identidad como memoria son conceptos íntimamente ligados, ya que la identidad en sus múltiples dimensiones de comprensión, entendiéndola como pertenencia y propio reconocimiento con un modo de ser particular, está unida estrechamente con la memoria que un individuo o un colectivo elabora sobre su pasado (González, 2004; Casas, 2007).

Si se plantea que la identidad conlleva una memoria, toda identidad se podría entender como historia condensada. De esta forma lo que se propone aquí como memoria se aleja de las concepciones a-históricas que la definen como un elemento estable e inalterable; con esta afirmación lo que se está haciendo es plantear a la identidad y la memoria como construcciones socio-históricas, producciones de los propios grupos sociales con las cuales “los mismos productores luego se encuentran” (Casas, 2007). En el recurrir a la memoria, la identidad se constituye como una producción del sí mismo individual y colectivo, y esto significaría, de acuerdo a Casas (2007), “ser lo que es en tanto se fue antes”.

Si la memoria se entiende de esta manera, su producción requiere de otro con el cual se pueda realizar un proceso de este tipo. Y como la memoria puede ser asociada con la identidad, esta última también se construye con relación al otro, ya que en un proceso continuo de socialización el sujeto lograría constituirse, como un devenir que constituye al ser (Waddington, 1975). Al mismo tiempo, dado que se requiere de otro, en el sentido de una alteridad en diálogo (Betancourt, 2010) para que la memoria se constituya, los caminos por los cuales se accede a ésta es por medio de palabras, que son articuladas por medio de las narraciones; de esta forma se puede decir que la memoria presenta una estructura narrativa (Mendoza, 2004; 2005).

La memoria, tanto la individual como la de un colectivo, se construye sobre la base de narraciones que constituyen formas de discursos y modos de organizar experiencias con significados particulares, que para ser expresadas y compartidas requieren cierta lógica y verosimilitud, que es otorgada de forma pública, en el sentido de mediada por otro, por su situación socio-histórica particular. Así, la narración es el recurso del que dispone la memoria para contar la historia de los que fueron. Pensar lo pasado es contarlo; recordar lo pasado es obligarse a narrarlo, elaborar un relato (González, 2004) que dota de sentido al mundo, un sentido definido en base de la subjetividad de quien la emite, y que esta intencionalidad marcada por las innumerables influencias del presente en el cual se está narrando hace que las narrativas, en palabras de Mendoza (2004), “moldeen las experiencias pasadas en base a las experiencias del presente”.

Entonces uno no podría hablar solo de una memoria, pues así como en una sociedad existen variados actores que participan de un hecho histórico, cada uno de ellos con

intereses y posiciones particulares que configuraron su participación en él, las memorias que se irán tejiendo en torno a aquel suceso no serán las mismas para todos, pudiendo existir divergencias y convergencias entre las distintas versiones. Porque así como existen múltiples subjetividades, también habrá múltiples memorias y formas de recordar un acontecimiento en particular (Cucuzza, 2007), y que así como las subjetividades cambian constantemente, las memorias consecuentemente también serán múltiples y cambiantes (Halbwachs, 1950), y en el caso de una sociedad, se puede encontrar una diversidad de memorias, tantas como colectivos pudieran existir, con distintas visiones del pasado que pueden ser contrapuestas (Fernández, 1994).

No obstante, cuando se remite al pasado de algo, el concepto de memoria se confunde muchas veces con el de historia. De hecho, el asunto de involucrar a los conceptos de memoria e historia resulta complicado, si consideramos que existen múltiples memorias colectivas dentro de una sociedad. De acuerdo a Pierre Nora (1984), ambas funcionan en dos registros radicalmente diferentes, aun cuando es evidente que ambas tienen relaciones estrechas y que la historia se apoya y nace de la memoria.

III. MEMORIA E HISTORIA, REGISTROS DISTINTOS DEL PASADO

La memoria, para Pierre Nora (1984), es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado. Por esa razón, la memoria siempre es portada por grupos de seres vivos que experimentaron los hechos o creen haberlo hecho. La memoria, por naturaleza, es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación, “susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares” (Nora, 1984).

La memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual. Por el contrario, la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros. A partir de esos rastros, controlados, entrecruzados, comparados, el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en un conjunto explicativo.

La memoria depende en gran parte de lo “mágico” y de lo emocional, siendo selectiva para distinguir qué puede ser útil para sostener una retórica que sustente el recuerdo. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido. La historia reúne (o intenta hacerlo) y la memoria divide (Nora, 1984).

En este sentido, se puede decir que mientras existe una historia oficial legitimada por la colectividad, esta versión iría a constituir una especie de “pasado común” por el cual las identidades se construirían colectivamente en el tiempo. Empero, esta historia es solo una versión, y si se llegó a constituir como tal, en forma colectiva, se necesitó del conflicto que suponen las distintas memorias en disputa por ser validadas, un diálogo donde las dinámicas de las relaciones de poder se hace manifiesta en cuanto a la prevalencia de unas memorias por sobre otras.

Como hemos dicho anteriormente, la memoria es dinámica y se encuentra en constante transformación, pero existen ciertos aspectos del recuerdo, expresados a través de un discurso, que persisten y constituyen un eje que estructura el recuerdo, y que se retroalimenta

con la acción del olvido. Para Nora, esto vendría a ser lo que él denomina “Lugares de la memoria”, describiéndolos de la siguiente forma:

Los lugares de la memoria son ante todo restos, la forma extrema bajo la cual subsiste una conciencia conmemorativa en una historia que la solicita, porque la ignora (...) Los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas, porque esas operaciones no son naturales (Nora, 1984).

Estos lugares pueden ser tanto materiales como simbólicos, y dentro de estos últimos se pueden considerar los hitos, los aniversarios y otras marcas en el tiempo pasado que sostienen el recuerdo en el tiempo presente. Al considerar Historia y Memoria como registros separados, Nora advierte el conflicto que se presenta con la elaboración académica de una historia que omitirá las sutilezas y obstinaciones de la memoria que encuentra los mecanismos para permanecer vigente, aunque conformen una retórica que a veces se sustenta en el desconocimiento del panorama global, parcializando la información disponible.

IV. EL DESAFÍO DE CONSTRUIR UNA HISTORIA EN COMÚN

Los momentos funestos de la relación chileno-peruana difícilmente serán borrados, y tampoco deben ser olvidados, ya que eso sería aún más nocivo, pues sería tener sociedades que se niegan a sí mismas, reprimidas, incapaces de avanzar hacia el futuro. Por eso, pues si consideramos las reflexiones de Pierre Nora, el acto de construir una historia en común es una labor que dista de ser ingenua y objetiva, es un acto que intenta converger visiones que por mucho tiempo estuvieron divergentes.

Para que la relación bilateral prospere, un gesto que favorece el clima de confianza es respetar y comprender el recuerdo de sectores aislados de la sociedad que evocan a través de los recuerdos pasajes negros de la relación bilateral, pero al mismo tiempo dejar en segundo plano los argumentos pro-división con acciones pro-integración, ya que en su carácter obstinado la memoria colectiva se alimenta de su represión y olvido. La historia universal está llena de acontecimientos y procesos traumáticos que han dejado una estela de sufrimiento y rencores mutuos. La evocación de la Guerra del Pacífico, por sí sola, generará discrepancias insalvables, si siguen legitimándose las versiones divergentes por una ciudadanía que no participa de forma activa en la generación de un clima de confianza mutua.

Paul Ricoeur, en su libro "La historia, la memoria, el olvido" (2003), establece dos dimensiones de la memoria: en primer lugar, la que destaca en ésta el recuerdo, la evocación que sobreviene en forma espontánea, que se designa con el término *mneme*; y por otro lado, la *anamnesis*, que se refiere a la rememoración que implica búsqueda, esfuerzo y trabajo para su elaboración.

Ante estas diferentes facetas de la memoria colectiva, es posible abandonar los vicios de recordar espontáneamente, para promover el recuerdo estudiado de forma pertinente y acorde con los tiempos, y al considerar el carácter voluble de los recuerdos, ya que recordamos el pasado desde el presente, estimular medidas para el recuerdo bien fundamentado que pueden ayudar considerablemente a limar las asperezas existentes, y a dar el salto para un nuevo marco de relación en paz y confianza.

El historiador británico Eric Hobsbawm (en Medina, 2007) escribe sobre la necesidad que la sociedad tiene de los historiadores, refiriéndose a ellos como "recordadores profesionales" de lo que sus conciudadanos no pueden recordar muy claramente. Con esto, Hobsbawm resalta el rol social del historiador, situándolo como un actor capaz de exponer a la luz pública, con evidencia de calidad y argumentos potentes, medidas sobre cómo resolver las diferencias que han aquejado a las sociedades.

En cuanto a la relación chileno-peruana esto también tiene aplicabilidad, en el sentido de zanjar el terreno incierto y fluctuante en el que se mueven los recuerdos, para dar a luz un trabajo común en torno a la historia de los dos países, entendida también como un acto político que se pueda entender como señal para la reconciliación de visiones divergentes, que pueda ser recordado en un eventual futuro como una señal sólida de integración.

V. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Teniendo en cuenta la complejidad que constituye la construcción de una Historia en Común es importante señalar que este acto debe gestarse con solidez y determinación, pues el denominado "carácter zigzagueante" (Milet, 2005) ha ido dándose debido a un constante ejercicio de políticas inconsistentes, generadoras de numerosos encuentros y desencuentros, que mantienen la relación bilateral relativamente inestable hasta nuestros tiempos.

Ante la construcción de una Historia en Común, las Memorias de los conflictos entre Chile y Perú son una dificultad que se debe abordar con cuidado y trabajo paciente y consistente a través del tiempo. Se debe tener en cuenta que el olvido no es la solución, como podría pensarse espontáneamente. Todo lo contrario, si las memorias de los momentos conflictivos persisten es porque existen vacíos conceptuales y culturales que dificultan el mutuo entendimiento, por lo que aún es necesaria una mayor voluntad, tanto política como académica, para asumir los conflictos pasados, asimilar que ocurrieron y que se precipitaron porque hubo intereses y hubo quienes, pensando en esos intereses, promovieron o usufructuaron de los conflictos, y que esa coyuntura quedó atrás. Ahora son distintos los tiempos y por ende distintas las formas de ver la relación bilateral.

De acuerdo a esta lógica, no existen acontecimientos históricos que se expliquen por sí mismos, puesto que se encuentran relacionados o condicionados a determinadas situaciones socio-históricas que permiten gestar percepciones que pueden ser válidas en cierto momento, pero no en otro, quedando como "letra muerta" para las futuras generaciones. Por eso es importante que el esfuerzo de construir una Historia en Común sea consistente en el tiempo, generándose un área de estudio promovida por la academia y asegurada por los marcos institucionales de ambos países.

En la medida en que Chile y Perú, en tanto sus ciudadanías y sus instituciones cívico-militares, sean capaces de conocer ampliamente su pasado histórico común, se podrá esperar una mayor consistencia de las relaciones bilaterales tendientes a la integración, sustentada en acuerdos y tratados respetados mutuamente en el tiempo, y dejando en segundo plano (pero no en el olvido) la obstinación de las memorias fragmentadas, que incitan al odio mutuo y a la separación, como signo de una carencia de esfuerzos de ambos países para comprender los sucesos del pasado.

Los conflictos suelen gestarse por un mal entendimiento, por visiones opuestas que en determinados momentos desencadenan acciones lamentables. Por ello, para superar ese mal

entendimiento es necesaria una elaboración que traducida en acciones materiales y simbólicas permita curar las heridas del pasado. Y la construcción de una historia en común es una de estas acciones que pueden colaborar en el mejoramiento de las relaciones.

Tal cual como ocurre con los individuos que han vivido acontecimientos traumáticos, la sociedad chilena y la peruana pueden avanzar en su mutuo entendimiento si exponen sus puntos de vista, dialogan en torno a ellos con disposición al acuerdo, si se efectúan acciones tanto materiales como simbólicas para restaurar la confianza y se asegura una continuidad del diálogo para seguir trabajando en esta labor que requiere paciencia y compromiso. Así la memoria va pasando de lo "mnémico", es decir, del recuerdo espontáneo y poco elaborado, a lo "anamnésico", que supondría un recuerdo de visión amplia, una señal de mutua madurez, respeto y conocimiento de la alteridad.

Siguiendo este camino se puede hacer una reconstitución chileno-peruana del "quiénes fuimos" en consonancia con el tipo de relaciones que se mantuvieron en determinados momentos de la historia, para saber más claramente acerca del "quiénes somos" en la actualidad y el "cómo queremos proyectarnos" como sociedades hacia el futuro, superando antiguas (y al mismo tiempo siempre presentes) rencillas y planteando nuevos desafíos que garanticen mutua prosperidad para las futuras generaciones.

Bibliografía

- Aljovín de Losada, C. y Cavieres, E. (comp.) (2005). *Chile-Perú. Perú-Chile. 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Convenio Andrés Bello, Universidad Mayor San Marcos.
- Betancourt, V. (2010). *Reconstruyendo la memoria colectiva: Taytas y Mamas indígenas, cantores del Cantón Cotacachi*. Ensayo preparado para la Maestría de Estudios de la Cultura, Universidad Andina Simón Bolívar. Extraído el 5 de junio de 2012 desde <http://ebookbrowse.com/reconstruyendo-la-memoria-colectiva-caso-taytas-y-mamas-cotacachi-vbetancourt-pdf-d78655538>
- Casas, A. (2007). Las rupturas y cristalizaciones en la memoria colectiva. Los casos de San Juan y Jáchal. *Revista Kairos* N°12. Extraído el 5 de junio de 2012 desde <http://www.revistakairos.org/k12-archivos/casas%20jose.pdf>
- Cucuzza, H. R. (2007). ¿Memoria no es historia? Testimonios de una escuela durante la dictadura militar en la Argentina (1976-1982). En Escolano Benito, Agustín, *Nuevas tendencias en Historia de la Educación*, (pp. 225-242). Revista Interuniversitaria, Núm. 25-2006.
- Fernández, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos.
- Fernandois, J.; González, S.; Parodi, D. y Zapata, A. (2012). *Generación de Diálogo Chile-Perú. Perú-Chile. Documento 2: Aspectos Históricos*. Lima-Santiago: Konrad Adenauer Stiftung, PUCP, Universidad de Chile.
- González, A. M. (2004). Memoria personal y memoria colectiva en la literatura de la cristiada: Dos ejemplos emblemáticos: "Rescoldero" y "Pueblos del viento norte". *Atti del XXI Convegno. Associazione degli Italiani in Italia*. Vol. 1: 12-14, pp. 299-308.
- Halbwachs, M. (1950). *La Mémoire Collective*. Paris: PUF.

- Medina, M. (2007). *Historia Común, Memoria Fragmentada: La Enseñanza de la Historia en América Latina: Experiencias y Reflexiones 2003-2005*. Bogotá: Convenio Andrés Bello Unidad Editorial.
- Mendoza, J. (2004). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. *Athenea Digital*, 6. Extraído desde <http://antalya.uab.es/athenea/num6/mendoza.pdf>
- (2005). La forma narrativa de la memoria colectiva. *Revista Polis*, Vol. I, núm. 1, pp. 9-30.
- Milet, P. (2004). Chile-Perú. Las dos caras de un espejo. *Revista de Ciencia Política*, Vol. 24, Nº. 2, pp. 228-235.
- Nora, P. (1984). Entre Memoria e Historia. La Problemática de los lugares. En Nora, P. (dir.), *Les Lieux de Mémoire* (pp. XVII-XLIL).
- (2005). Chile-Perú. Las raíces de una difícil relación. Estudios internacionales: *Revista del Instituto de Estudios Internacionales*, Nº. 150, pp. 59-73.
- Ricoeur, P. (2004). *La Memoria, la Historia, el Olvido*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T. (1999). *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento Humanista*. Barcelona: Paidós.
- (2000). La memoria amenazada. En *Los Abusos de la Memoria* (pp. 11-60). Barcelona: Paidós.
- Waddington, C. H. (1975). El animal humano. En R. Brain y otros, *Psicología Social y Humanismo*, Buenos Aires: Paidotribo.